

JEAN FRANCO. *Cruel Modernity*. Durham, NC: Duke University Press, 2013.

La cuestión central planteada en el más reciente libro de Jean Franco concierne a la relación intrínseca entre el Estado y la violencia, más bien el terror que sostiene al Estado dictatorial, así como las manifestaciones diversas de la modernidad y el neoliberalismo en Latinoamérica: el narcoestado, la violencia contra la mujer, el uso de la biopolítica, la creciente deshumanización de las víctimas (negros, mujeres, pueblos originarios, disidentes políticos), la desaparición, tortura y persecución de la disidencia. La “modernidad cruel” que le da título al volumen explora los diversos rostros de una modernidad que se nutre de la crueldad para sostener la industria del entretenimiento y del arte: video juegos, música, cine, literatura, performances, arte visual. Hay una nueva racionalidad, señala Franco, que normaliza esta crueldad creando un progresivo estado de anestesia mediante la exposición constante y creciente al acto violentamente gratuito convertido en norma. Esta opera como lazo unificador y celebratorio, en lugar de como huella culposa, y va creando un espectador cada vez más indiferente, por expuesto. Por ejemplo, el mito del desarrollismo hace del indígena un obstáculo al progreso y la modernidad, excluyéndolo o exterminándolo como parte de la constitución del Estado mismo. En el libro se ofrece el ejemplo de México y Perú, en cuyo último país tanto el Estado como los seguidores de Sendero Luminoso convirtieron al indígena en chivo expiatorio de la pugna, o en Guatemala, donde fue objeto de masacres horribles a manos del ejército. La crueldad estriba en añadirle degradación al asesinato, por ejemplo, violando y humillando sistemáticamente a las mujeres en el Perú, Guatemala o México, por parte de una “masculinidad” extrema y exhibicionista que necesita ostentar un exceso de poder físico y simbólico previo al crimen (cap. 3 y 9). Dichos actos son violaciones flagrantes de la humanidad de estas mujeres, y de aquí el reclamo de que también estos crímenes deban catalogarse como violaciones de derechos humanos. A estos les llama “crímenes expresivos” pues los cadáveres ilustran la lógica misógina del asesino, como ocurre con las maquiladoras en Ciudad Juárez, y en la conocida novela de Bolaños, *2666*. Una de sus conclusiones afirma que: “Not only has cruelty been instrumental in the cooption of the nation-state by private interests and the softening up of civil society through a regime of fear; it is also a scar on liberal society” (247).

Otra importante instancia de esta violencia se manifiesta a través del secuestro sistemático en Honduras, El Salvador y Guatemala, el quiebre de la sociedad civil y los visos apocalípticos que se ciernen sobre la sociedad latinoamericana, por razón de las bandas criminales que abundan en esta sociedad, además de los militares abusadores que todavía sobreviven y el machismo galopante que se ensaña contra la mujer, y que coinciden con un cierto estado apocalíptico, como en las crónicas de Carlos Monsiváis

sobre la sociedad contemporánea mexicana, *Apocalipstick*, previendo con éste un futuro devastador y degradado. No sólo la derecha política es objeto de crítica en este texto (a saber, juntas militares, golpes de estado dictatoriales en Argentina, Uruguay y Chile, gobiernos genocidas como el de Guatemala), sino además las prácticas “disciplinarias” de la guerrilla salvadoreña con el ajusticiamiento del poeta Roque Dalton por su propio cuerpo guerrillero, o el otro ajusticiamiento de “guerrilleros” blandos o demasiado intelectuales que suscitó posteriormente el cuestionamiento ético en torno al “No Matarás” en la Argentina, o el menosprecio y sacrificio de los indígenas por parte de Sendero Luminoso. Las prácticas genocidas de Rafael Leonidas Trujillo en el 1937 (Cap. 1) en lo que Turits y Derby han denominado la frontera porosa entre Haití y República Dominicana, recordado como “el corte” en el Río Masacre, cuyo objetivo fue impedir el intercambio económico, social, religioso y cultural entre los dos países, y cuyo último propósito fue blanquear a la República Dominicana, es parte del paisaje violento simbolizado por este corte a machetazos de la geografía insular para separar una raza de la otra, una cultura de la otra, un propietario versus un inmigrante, un nativo del país contra un extranjero, un normal frente a un diferente que tiene dificultad para pronunciar la r de “perejil”. Lo mismo con las izquierdas en Chile, Argentina y Uruguay, sociedades divididas por la sospecha, la desaparición, el crimen de los propios por razones puramente políticas. En el libro hay una fuerte crítica a las “reconciliaciones” promovidas por las Comisiones de la Verdad, así como a las narraciones realizadas por las delatoras (Cap. 7), tales como *El infierno*, de Luz Arce, quien movida por una conversión religiosa que le permite recuperar su voz “da testimonio” de las vicisitudes, miedos y estrategias que ella misma, así como La Flaca Alejandra, realizan para sobrevivir al verbalizar la experiencia. Jean Franco vincula estas instituciones y narraciones con los procesos de la concertación chilena, y observa que en los reclamos realizados vía los derechos humanos hay un gesto conservador que corresponde a la versión reciente del discurso contrainsurgente de fines de siglo XX, cuyo único objetivo es mantener el *status quo*. Sobre el libro de Arce, coincide con Eltit y Richards en el sentido de que estos no son textos confesionales, sino textos que reparan y reconstituyen al yo. En este sentido, se aparta expresamente de otros autores que vinculan dichos textos con un cierto tipo de reparación de las heridas sociales desde otro ángulo, desde el otro rostro del victimario. Franco llama la atención a las lagunas de su confesión, en cierta medida, a la incoherencia en el llamado discurso confesional, y a la omisión del hecho del desaparecido para sustituirlo por el de ellas tratando de sobrevivir. Estas mujeres, señala, se salvan porque son educadas, jóvenes y de clase media, mujeres vedadas para algunos de estos torturadores que ven en su posible relación perversa con ellas (recordemos el estupendo film *Garaje Olimpo*) una manera de reinstalar la masculinidad extrema, pese a su diferencia respecto a ellas. En contraste con el artilugio de la borradura que sostiene estas confesiones,

Franco analiza lo que llama las “artes fantasmales” o “ghostly arts” que evocan a los desaparecidos precisamente por razón de que están ausentes sus voces y narrativas y en su lugar es sustituida su memoria por fotos, films e instalaciones (como en la obra de Patricio Guzmán, *Nostalgia de la luz*), las instalaciones de video *Fosa*, de Catalina Parra ubicadas en el desierto de Atacama en Chile o de los fotógrafos Susan Meiselas (sobre los conflictos en Nicaragua y El Salvador) y Marcelo Brodsky sobre los libros que fueron enterrados en la Argentina para evitar la persecución política. La insistencia en la memoria como acto ético, aduce Franco, es también una forma de justicia.

*Cruel Moderity* es además el recorrido por la metáfora del libro, la cultura escrita, específicamente narrativa, que de una u otra forma se oculta, entierra, disimula o hace desaparecer a alguien físicamente, tornando inútil la memoria. Esto pasa con la historia del manuscrito enterrado en la novela de Prestol sobre la masacre del 37 en Haití, los libros enterrados (y posteriormente exhumados) durante la persecución política en la Argentina para evitar que estos se convirtieran en instrumentos de incriminación en la década de los sesenta y el autor ficticio de *2666*, Arcimboldo (Hans Reiter), quien encuentra el manuscrito del judío Boris Abramovich Ansky y, por tanto, las huellas de la persecución soviética de los escritores judíos, aunque se estropea al tratar de escapar y desaparece, para solo perdurar en la memoria de éste. Jean Franco rastrea el motivo del libro “suprimido”, más bien, la memoria ocultada a lo largo de las tres instancias para preguntarse sobre lo que desaparece. Si el Estado pugna por borrar las memorias sucesivas, el rastro, los libros y las fotografías necrofilicas de los desaparecidos, el libro como objeto, así como la memoria que este concita, se instala en el centro del panorama para exhortarnos como “lectores” o “espectadores” a recrear o re-inventar ese lugar que en este caso concierne a la crueldad y la violencia. *Cruel Moderity* es, además, un excelente recorrido por algunos de los mejores escritores, cineastas y artistas contemporáneos latinoamericanos, así como el repaso de las más atroces masacres y hechos de sangre recientes. ¿Cómo mantener la memoria de una historia tan violenta si no es relatándola o exhibiéndola, recreándola? En cierta medida, *Cruel Modernity* nos invita a cuestionar nuestro papel como consumidores de estos hechos, de estas huellas, de esta memoria. Y, sobre todo, a valorar la ética del gesto lector.

University of Pittsburgh

ÁUREA MARÍA SOTOMAYOR

